

# Nicolai Ghiaurov

## *In Memoriam*

por Carlos Fuentes y Espinosa

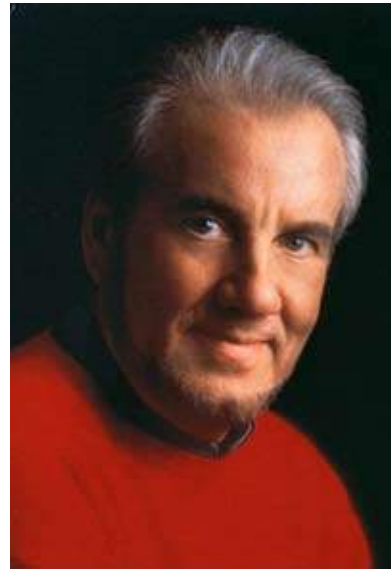
**P**ara Nicolai Ghiaurov que ha cantado en teatros de todo el mundo, ¿cuál es el público que lo ha recibido con mayor entusiasmo?

Debo decir que el público en Bulgaria, donde nací, aunque no puedo quejarme del público de Viena, o el de Nueva York, donde me han prodigado grandes satisfacciones y, como he dicho, aquí en la Scala no me ha ido nada mal”, declaraba el cantante al entrevistador, en su primera interpretación de Silva en *Ernani* de Giuseppe Verdi, con una timbrada, grave, seductora, muy sonora voz, que entonaba deliciosas cadencias al hablar en perfecto italiano.

El egregio bajo búlgaro, que nació en Velingrado en septiembre de 1929 y murió en junio de 2004 no sólo fue una voz única, sino que su presencia en la ópera confirió una importancia inmensa a la tesitura, a los personajes que encarnaba, continuando y consolidando también la casta de bajos que habían maravillado públicos, épocas y compositores. Proveniente de una familia insolvente, el maestro dio muestras de talentos musicales a la más temprana edad, pero las circunstancias económicas impedían que tocara algo más caro que su armónica. De cualquier forma, sus padres lo entusiasmaban a cantar y no cejar en su interés. El joven Nicolai sentiría el llamado de la actuación y llegó a ofrecer interpretaciones en auditorios locales.

Desde pequeño, Ghiaurov había tomado lecciones de piano y violín, más tarde de clarinete y participó en coros. Precisamente en uno de ellos, en el servicio militar, cierto tenor lo escuchó en un ejemplo musical y sintió tal impresión que lo instó a estudiar con el célebre barítono Christo Brambarov. Nicolai aceptó, pero, aunque Brambarov fue elogioso, dirigió al joven al conservatorio, por falta de tiempo. Sucedió que Ghiaurov interpretó una obra del famoso compositor búlgaro ciego Petko Stainov, y a éste lo deslumbró en tal forma que se encargó de arreglar el ingreso del cantante al conservatorio, lo que convenció a Brambarov de impartirle clases. Este excepcional cantante y maestro había estudiado en Italia y, según el propio Ghiaurov, daba una importancia enorme al “pase de la voz”, al centro de la tesitura como eje del todo, y al cuidado del desarrollo vocal, de manera que por mucho tiempo sólo vocalizaban en la octava precedente al pasaje, casi sin cantar, cuidando cada detalle y formando una voz de impostación natural y absoluta, de firme apoyo, de línea impecable.

Las virtudes evidentes del pupilo instaron a la directiva del conservatorio búlgaro a otorgarle una beca para el Conservatorio de Moscú, y Ghiaurov estudió ahí por cinco años (del 1950 a 1955), donde además entabló amistad con intelectuales y músicos. Esta prestigiosa institución lo premió con una medalla por su



Nicolai Ghiaurov (1929-2004)

sobresaliente desempeño y Ghiaurov retornó a su tierra natal a cantar profesionalmente. Trabajó en teatros menores hasta que un afortunado triunfo en París llamó la atención de la capital búlgara y el bajo fue llamado a cantar ahí. Su principal papel fue Basilio de *Il barbiere di Siviglia* de Rossini, en cuya genial aria, ‘La calunnia’, siempre sobrecogía con sus imponentes Mi agudos.

Rápidamente, el Bolshoi, Bolonia, Viena y Salzburgo disfrutaron sus interpretaciones. Debutó en La Scala con éxito notoriamente rotundo, que se repitió, y compartió escenario con su compatriota, el estupendo bajo Boris Christoff, que lo agredió abiertamente en un despliegue conflictivo, característico de su temperamento, pero que dejó a Ghiaurov afianzado en el lugar al ser preferido por la administración del teatro y por el público.

Londres, Chicago, Hamburgo y, finalmente, Nueva York, en el Met, atestiguaron lo que, en palabras de Alan Blyth, musicólogo y crítico que lo conoció, “era una voluminosa y algo oscura voz que electrizaba totalmente al público”. Por consejo de Brambarov, Ghiaurov no abordó el protagonista del *Boris Godunov* de Mussorgsky sino hasta los 35 años de edad. Desde entonces, se volvió el principal intérprete del personaje al que le confirió “una humanidad verdiana”, de acuerdo al atinado juicio del australiano Peter Conrad, dada la elegancia, la dulzura y la musicalidad de



Uno de sus roles más memorables: Basilio, en *Il barbiere di Siviglia*

Ghiaurov, que se negó a gritar, jadear y emitir sonidos que no estuvieran marcados en la partitura, a diferencia de muchos otros intérpretes que se apoyaban en estos efectos.

Herbert Von Karajan, previsiblemente, lo llamó para hacer una apoteosis con este personaje y generar un resultado abrumador, si bien no muy “historicista”, aunque Ghiaurov lo cantó en diversas versiones e idiomas a lo largo de su carrera. Los repertorios italiano, francés y ruso para bajo fueron honrados magistralmente por él y pronto grababa para las principales casas disqueras con los mejores elencos y directores.

De su paso momentáneo por México, Claudio Lenk diría que “era el bajo más sorprendente que había escuchado en vivo” y el bajo Luis Gimeno Velasco recordaba el admirable efecto que provocaba escuchar una voz tan grande, que al vocalizar lograba ascender al La agudo con maestría y facilidad inigualables, entre otras muchas virtudes. Propios y extraños alabaron su consistente *legato* y ponderaban su fraseo como insuperable.

Para la década de los 70, Ghiaurov era uno de los bajos más importantes del mundo y había hecho algunas demostraciones soberbias en el campo baritonal. Mefistófeles, Boris Godunov, Felipe II, Don Quijote, Don Giovanni y una amplia gama de papeles verdianos eran suyos por excelencia, y muchos los representó hasta la última década de su vida, demostrando así una longevidad vocal pocas veces vista, que obedecía en gran medida —y

de acuerdo al cantante— al buen uso técnico de su instrumento, la selección adecuada y cronológicamente favorable de su repertorio.

No me guardo de expresar la admiración que me produce cuando en el aria de Banquo, ‘Come dal ciel precipita’ de *Macbeth* de Verdi, aborda un Re agudo en la sílaba “ca” de Duncan, abriendo y ampliando monumentalmente, semejando un relámpago imponente, pero con la belleza belcantista de Ghiaurov, como bien diría William Parker; o el final del dúo del rey Felipe con el Inquisidor en *Don Carlo* de Verdi, que efectúa un recorrido de dos octavas con garbosa destreza, o la cabaletta de *Attila*, que con semejantes agudos majestuosos podría derribar los muros de Roma. Y es que Ghiaurov es una muy especial amalgama; unas facultades y un poderío vocal por naturaleza, un color eslavo, un estilo italiano de canto que produjeron el cantante insustituible que conocemos, cuya capacidad declamatoria en su canto fue insuperable, evidente en sus líneas en *L’incoronazione di Poppea* de Monteverdi, por caso.

Varios libros reproducen la biografía del bajo, como los de Alexander Abadziev, Helena Matheopoulos, etcétera, reflejando el hermoso espíritu artístico del legado de Ghiaurov. Cineastas, productores, directores, colegas, instrumentistas, investigadores y escenógrafos se reunieron repetidamente para rendir tributos al gran artista. En todo caso, como siempre con los verdaderamente grandes, todos aludían al idealismo, a la sencillez, a la seriedad y a la calidad humana del gran Ghiaurov, que ahora cumple un decenio de haberse convertido en protagonista del panteón de divinidades fulgurosas de la lírica, a quien su esposa en segundas nupcias, la renombrada soprano Mirella Freni, ha dedicado una fundación loable para el apoyo de jóvenes cantantes y la continuación de la enseñanza vocal verdadera que su prodigioso marido enalteciera en su larga e incomparable trayectoria. ●



Antes de salir a escena para cantar el *Requiem* de Verdi en 1978, con su esposa Mirella Freni, Elena Obratsova y Luciano Pavarotti, bajo la batuta de Claudio Abbado.